

ARTÍCULOS

**EL SABER INDÍGENA Y LA ADMINISTRACIÓN
COLONIAL ESPAÑOLA:
LA VISITA A LA PROVINCIA DE MARIQUITA DE 1559**

Hermes Tovar Pinzón

*Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia*

Trabajos recientes sobre la historia de América han incorporado métodos propios de las ciencias de la comunicación y de la semiótica, tendientes a ofrecer nuevas explicaciones sobre la naturaleza del colapso de las sociedades indígenas al momento de la conquista.¹ Aunque los europeos no dejaron para Colombia los ricos testimonios propios de las culturas de México, Guatemala o Perú, como glifos y relatos de la conquista hechos por los mismos indígenas, al menos nos quedaron otros escritos cuya lectura puede conducirnos al análisis de realidades subsumidas en estratos cuya riqueza testimonial se oculta bajo la apariencia de un lenguaje repetitivo e intrascendente. Tal es el caso de las llamadas *visitas* tempranas que se hicieron a diferentes partes del actual territorio de Colombia en la década de 1550.²

¹ Tzvetan Todorov, *La conquista de América: la cuestión del otro* (México: Siglo XXI editores, 1987); Serge Gruzinski, *La colonización de lo imaginario: Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII* (México: Fondo de Cultura Económica, 1991); también Luis M. Glave, «Grito de pueblos silenciados: Intermediarios lingüísticos y culturales entre dos mundos: Historia y mentalidades» en *Allpanchis* (Cuzco: Instituto de Pastoral Andina) 22 (1990): 435-513.

² No existe un balance de las visitas realizadas en la década de 1550 en el territorio de la actual Colombia. Sin embargo puede consultarse Berta Ares Queija (ed.) *Visita de la Gobernación de Popayán. Libro de tributos (1558-1559)* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1989); Hermes Tovar Pinzón *No hay caciques ni señores* (Barcelona, 1987). En la actualidad se encuentran en proceso de edición las visitas de Mariquita (1559), Pamplona (1559) y Río Hacha (1547) dentro de la colección *de Relaciones y Visitas a los Andes* (8 vols.) que realiza la Biblioteca Nacional, el Instituto Colombiano de Cultura y el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.

Las visitas nos enseñan que una vez vencido el obstáculo de los significados, los símbolos y las equivalencias, propios de los sistemas de medir de los indígenas, los europeos procedieron a codificarlos conforme a sus propios parámetros. Esto les permitió dictar normas, reglamentar tributos y diseñar las políticas que regulaban las nuevas obligaciones de los naturales con respecto a sus encomenderos. ¿Pero qué información obtuvieron los españoles una vez superaron el obstáculos de la lengua y el de las medidas? ¿Qué se deslizó por entre este puente que controlaba la comunicación para apropiarse del saber de los naturales?³

Con éstas, los españoles pudieron comprender qué estaba pasando con la población indígena y con sus formas de poblamiento, cuáles eran las actividades productivas, qué bienes circulaban de uno a otro punto y cuál era la masa de recursos disponibles. Al final, una vez sistematizaron todos estos datos los redujeron a volúmenes, para tener una idea de sus economías y sobre todo de lo que los indígenas podrían pagar por la vía del tributo y los servicios personales.

La *visita*, como instrumento de mediación para la práctica de la dominación, había cumplido con sus objetivos: extraer el saber de los naturales para posponer su colapso y readecuar los tributos. A la corona le permitía limitar la prepotencia de los europeos residentes en América y reducir su capacidad de apropiación de los recursos extraídos. Así se pudo canalizar la energía de las comunidades hacia la producción de rentas que engrosaran los fondos de sus cajas reales. Es cierto que los indígenas siguieron usando su lengua y sus saberes, pero ellos permanecieron exilados en el seno de sus encomiendas. Su lengua y su conocimiento habían sido subordinados a los patrones de la cultura dominante.⁴

³ Todas las reflexiones expuestas aquí provienen de la lectura de la Visita de 1559 realizada por don Francisco Hernández.

⁴ Algunos ejemplos de visitas para otras zonas de América pueden ser Waldemar Espinosa Soriano «El primer informe etnológico sobre Cajamarca. Año de 1540» *Revista Peruana de Cultura* 11-12: 5-41; Inigo Ortiz de Zúñiga, *Visita a la Prvincia de León de Huánuco en 1562*, Tomo I, *Visita de las cuatro waranqa de los Chupachu* (Huánuco: Universidad Nacional Hermilio Valdizán, 1967) y Tomo II, *Visita de los Yacha y Mitmaquna cuzqueños encomendados en Juan Sánchez Falcón* (Huánuco: Universidad Nacional Hermilio Valdizán, 1972); John Murra (ed.), *Visita de los Valles de Sonqo* (Madrid: 1991).

La visita realizada en 1559 a la Provincia de Mariquita nos remite no solo a estas preguntas sino a la posibilidad de sistematizar respuestas, orientadas a ilustrar el interés de la administración colonial por ejercer un mejor dominio sobre los recursos disponibles.⁵ La comunicación con los indios no responde entonces a un interés de justicia y fiscalidad sino de extraer del saber indígena todo aquello que es desconocido. La visita realizada a 10 años de la ocupación de la Provincia confronta el conocimiento real de los nativos con el conocimiento posible de los españoles.⁶ En medio de este interés por codificar prácticas y por conocer se pone de manifiesto la crisis material de la sociedad dominada. El medio ambiente, la población, la producción, los mercados, la alimentación y la cultura se revelan desgajados con su carga de agujeros. Pero sobre estos tejidos la sociedad dominante codifica lo que es posible y reorienta la política colonial. Entonces, las visitas son mecanismos propios de la administración colonial que permiten extraer el saber del otro para dimensionar su dominación y su destrucción.

La población y el poblamiento

No tenemos, hasta ahora, ninguna información sobre la población que tenía la provincia de Mariquita al momento de su conquista en 1549. Otros aspectos relativos al habitat y al medio ambiente, también nos son desconocidos. Sin embargo, en la *Visita de 1559* se tuvo el cuidado de realizar, al final de los interrogatorios, una breve descripción sobre la naturaleza del poblamiento, con algunas indicaciones toponímicas. Estas observaciones nos introducen con cautela al paisaje rural de la época, así como a los cambios que comenzaban a generarse como consecuencia de la ruptura de las cadenas ecológicas, debido a la introducción de nuevos géneros de plantas y animales.⁷

⁵ Archivo General de la Nación (Bogotá) *Tributos* 16, folio 878r. a folio 912r.

⁶ Según Fray Pedro Aguado Mariquita fue poblada por el Capitán Francisco Núñez Pedroso por comisión que le otorgó Miguel Diez de Armendáriz en 1549. *Recopilación Historial* (Bogotá: Biblioteca de la presidencia de Colombia, 1956) I, 507.

⁷ Sobre algunos aspectos relativos al impacto sobre el medio ambiente en América al momento de la conquista puede consultarse a manera de ejemplo Alfred W. Crosby, *The Columbian Exchange, Biological and Cultural Consequences of 1492* (Westport: Greenwood Press, 1972); B. Le Roy Gordon, *El Sinú: Geografía Humana y Ecología* (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1983); María Rostworowski de Diez Canseco, *Recursos Naturales Renovables y Pesca, siglos XVI y XVII* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1981). Para los años previos a la conquista en Colombia puede verse Clemencia Plazas et al., *La Sociedad*

En primer lugar, hay que llamar la atención sobre el hecho de que los encomenderos de la provincia concentraban sus indios en torno a 3 regiones: Honda, Calamoyma y Chapayma. Estos tres grandes núcleos poblacionales estaban interconectados entre sí y actuaban como polos de concentración de la energía humana. Desde allí se abastecía a la ciudad de Mariquita, eje de atracción y difusión de mercados, y centro del poder y del control administrativo de toda la provincia.

La visión fragmentaria de las habitaciones y de los poblados colgados aquí o allá, en medio de cuevas secas o fértiles que quebraban el paisaje, invitan a reflexionar sobre las formas de vida y sobre los modelos de poblamiento propios de estos pueblos, cuyos espacios estaban siempre circunscritos de arboledas o bosques conocidos como arcabucos.⁸

Esa mayor o menor fertilidad también variaba a medida que la tierra traspasaba cotas, para avanzar desde temperaturas infernales hasta climas más templados. La ciudad de Mariquita con sus encomenderos y funcionarios dominó estos espacios que ofrecían sistemas de poblamiento que iban desde los asentamientos nucleados hasta el poblamiento disperso.

Las tierras ásperas de Honda

Los visitantes dejaron constancia de que, en la provincia de Honda, la tierra de los indios era «arenosa, de piedra y agria»⁹ y que allí no se podía labrar ni criar cosa alguna (*T.* f. 903v). Esta primera impresión de un paisaje seco y duro ofrecía otros planos más generosos. Los naturales no habían intentado cultivar ni vivir en medio de estos suelos toscos, sino en los que se abrían más allá, los cuales eran aptos para la agricultura. Para meter sus buhíos escogieron

Hidráulica Zenú: Estudio Arqueológico de 2.000 años de historia en las llanuras del Caribe colombiano (Bogotá: Banco de la República, 1993); Warwick Bray, «¿A dónde han ido los bosques? El hombre y el medio ambiente en la Colombia prehispánica», *Museo del Oro* 30 (1991): 43-65. Sobre sobrevivencias indígenas en el tratamiento de los recursos disponibles cf. Francois Correa (ed.), *La Selva Humanizada: Ecología alternativa en el trópico húmedo colombiano* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología-FEN-CEREC, s.í).

⁸ El *Diccionario de la Lengua Española* (Madrid: 1970) define el arcabuco como «Monte muy espeso y cerrado».

⁹ A.G.N. (Bogotá) *Tributos* 16, f.949 r. En adelante este documento se citará en el texto solamente con *T* (*Tributos*), seguido del número del folio.

los sitios altos, «en medio» de cuestras grandes.(T, f. 903v) Además, como la pesca constituía una de las fuentes básicas de su alimentación, los naturales de Honda también incorporaron su vivienda a los valles cercanos de los ríos Magdalena y Gualí, en donde levantaron algunos de sus bohíos.(T. f. 948v y 949r)

Pero no fue en estos valles, ni en las cuestras que vigilaban las tierras secas y arenosas cercanas a Mariquita y Honda, en donde plantaron sus rozas, sino en tierras fértiles que ascendían hacia Tocaima, al otro lado del río Magdalena.(r. 949r) También buscaron las tierras planas que se estiraban con el Río Grande de la Magdalena, en dirección al desembarcadero, o subiendo su corriente hasta encontrar el camino de Tocaima. Allí plantaban sus yucales y tenían «alguna roza sembrada en las quebradas de los ríos».(T. f. 936r) El escribano dijo que había sido informado que «los yucales y rozas» los tenían de la otra banda del río detrás de unas cuestras pequeñas. El no había visto a la redonda del pueblo ninguna labranza de indios, pero sí le constaba la abundante pesca que sacaban del río Magdalena.(T. f. 952r)

Lo que se deduce de esta visión general del paisaje que pintaron los europeos es el uso indistinto de diversos suelos, ya fuera como simple lugar de residencia o como nichos para cultivos, caza y pesca. Además, los escenarios económicos se intercalaban con espacios de residencia. Al menos éste era el modelo de los indios de Honda, pues los otros pueblos de la provincia disfrutaban de otros ambientes y de otros escenarios para el desarrollo de la vida económica y la vida cotidiana.

En Honda no había poblados que reunieran en su entorno todos estos paisajes y recursos, así algunos de ellos disfrutaran de ciertas ventajas comparativas. Por ejemplo, los indios de la encomienda del Bachiller Venero estaban poblados en un llano junto al cual bajaban tres cuestras, dos grandes y una pequeña. Las dos iban a dar al río que llaman de la Sabandija, que corría al pie de ellas. Por la otra parte iba una sabana llana.

Estos trazos del paisaje humano aún sobrevivían a la ocupación española. En sus descripciones el visitador casi que repetía las mismas frases: anduve los 8 bohíos y ahí viven poblados en medio de tres cuestras. La tierra era arenosa y de muchas piedras en donde no había signos de frutos. Opuesto a este paisaje ajeno y rebelde a la producción de recursos económicos, los indios hacían rozas siguiendo arriba y abajo el río Magdalena. Hacia el desembarcadero tenían yucales, alguna roza de maíz y también se podía ver algún algodón. Las pesquerías, en las orillas de los ríos, estaban unas en el río Grande cerca de los buhío(T. f. 921 r) y otras en los ríos Gualí y Sabandija.

Los españoles describían en estos planos y rugosidades los trazos hechos por los naturales. Ellos pensaban que allí podrían dibujarse los esquemas de *otra economía*. Las invitaciones a darle un uso distinto a estas tierras complementan la imagen continua de la colonización, que no podía parar con el sojuzgamiento de los hombres. Toda la comarca era tierra de sabanas muy «viciosas» aunque en algunas partes había arcabucos, «donde se podrán criar ganados de todas suertes y aún tener otras granjerías», escribía con curiosidad e imaginación el escribano (T. f. 952r), posiblemente con nostalgia al contrastar estos horizontes con los campos de Castilla o Andalucía. Lo que este funcionario no avizó fue el desastre derivado de la destrucción de los arcabucos que actuaban como alacenas de las comunidades.

En los arcabucos, en donde se obtenían venados y conejos, madera, miel y frutos y también se protegían algunas rozas de maíz, se desataría una guerra por su control. Para los indígenas el arcabuco era un lugar estratégico y vital. Perderlo era agigantar los pasos de su agonía como cultura. Los españoles los conquistarían, no para preservar su fauna y sus recursos, sino para exterminarlos buscando abrir más tierras para los pastos de sus ganados, para obtener madera para sus viviendas y como fuente de energía.

Este esfuerzo por observar el espacio, su uso y apropiación era muy importante para saber cómo implementar el desarrollo de la ganadería o el de nuevos cultivos. No se trataba de un mera curiosidad abstracta, sino que se quería conocer la potencialidad económica de la región desde el punto de vista de sus suelos y sus recursos. Esta misma reflexión se hizo para los otros dos polos de dominación como eran Chapayma y Calamoyma.

Las tierras quebradas de Chapayma

Chapayma aparece en las descripciones con un horizonte más quebrado, más disperso y más rico en recursos. Las cuevas impresionaban a estos visitantes. En ellas el sol caía en las tardes y los poblados se levantaban en *chapas* hondas.¹⁰ Luego la mirada se escurría hacia los llanos en donde también había indios poblados con buenas aguas. Era una combinación de hondonadas profundas y pequeñas llanuras que intercalaban el territorio trabajado por estos naturales. La mirada iba a detenerse en los bohíos arracimados en las partes planas, aunque más lejos había otros bohíos ubicados sobre hondonadas, a media y a una legua unos de otros. En las cuevas que rodeaban estas

¹⁰ Aquí *Chapa* parece tener el sentido de hondonada, de algo profundo.

«poblaciones» los indios habían hecho sus labranzas junto a los bohíos, a pesar de lo fragoso del terreno.(T. f. 911 v)

Cuando los funcionarios observaron las tierras de Chapayma, en donde estaban poblados los indios encomendados a Antonio de Toledo, observaron que los nativos cultivaban en unas barrancas profundas y en las cuestras y arcabucos que las bordeaban. «Vi mucho arcabuco y encima de las chapas y cuestras, cavaras», fue lo que empezó a describir el visitador, para luego proseguir: en medio de la hondonada iba un arroyo.

Había aquí, en este paisaje, cuatro galerías que ofrecían alternativas económicas diferentes: el arcabuco, las chapas u hoyos, las cuestras que salían de ellos y las pequeñas sabanas. Esta variedad de suelos, según su inclinación, permitía el aprovechamiento de climas diferentes, formándose verdaderos nichos ecológicos que combinaban casi todos los recursos básicos para la alimentación, restringiendo el canje al máximo. Los naturales aprovecharon todos estos espacios. Tenían rozas tanto en las cuestras de esta chapa como en las tierras de sabana y cazaban en los arcabucos.(T. f. 970r)

El paisaje abrupto de chapas, cuestras, sabanas y arcabucos parecía a los europeos poco apropiado para la ganadería, aunque algunos valles podrían servir para ello.(T. f. 911 r) Al menos en la comunidad encomendada a Toledo las tierras no ofrecían buenas perspectivas para la crianza de ganados.

Es importante notar que allí en estas montañas de Chapayma había piñas y aguacates y los naturales habían logrado cultivar yuca y batatas. Este paisaje contrastaba con el de los indios de Honda y lo que se deduce es la presencia de tierras más fértiles y con más recursos agrícolas, de caza y frutos silvestres.

Las tierras agrestes de Calamoyma

Entre barrancas, cuestras y arcabucos se dispersaban los poblados y bohíos de los naturales de Calamoyma. Pero entre estas tierras agrestes se abrían algunas sabanas y unos llanos pequeños.(T. f. 907v) El poblamiento parecía haberse determinado por razones sociales derivadas del conflicto que estos pueblos mantuvieron con los Colimas.(T. f. 938r) El escribano observó que los naturales de la encomienda del Bachiller Venero habitaban las sabanas altas y arcabucosas, cerca al Río Negro «que llaman de Calamoyma» y por todas partes les cercaban «cuestras grandes y arcabuco aunque poco».(T. f. 967r) A su vez las encomiendas de Toledo tenían* sus poblados entre quebradas arcabucosas y cuestras, algunas de ellas grandes en donde se ubicaban dispersos los buhíos entre una, y una y media legua uno de otro.(T. f. 967r)

El uso de ambientes distintos imponía un poblamiento disperso. Incluso uno piensa en la función que podían tener esos bohíos aislados de los lugares de donde estaban las concentraciones principales de Calamoyma. Indudablemente que la disponibilidad dispersa de los recursos pudo crear sistemas de control o de desplazamiento de miembros de las comunidades que apenas percibimos sobre la geometría de los movimientos, que indirectamente eran observados y descritos por los visitantes de 1559. Por entonces ellos anotaron que los indios de Calamoyma tenían «los buhíos apartados unos de otros».(T. f. 904r) En la encomienda de Sotomayor se dijo que «son menester días para juntarlos», ya que ellos vivían apartados unos de otros. (T. f. 922v)

De otro lado la dispersión habitacional pudo originarse en la necesidad de aprovechar mejor los mayores espacios productivos. Por ejemplo, los indios de Blas Martínez tenían sus casas metidas en un hoyo o chapa. Sus rozas y labranzas de maíz las hacían en cuevas que habilitaban tumbando el arcabuco. Dentro de los montes criaban maíz, a la vez que en él cultivaban pinas, curas, auyamas y cogían de otras frutas.(T. f. 978v)

Como conclusión de este recorrido por las fragmentarias descripciones de la geografía, es importante tener en cuenta que tales observaciones no provienen únicamente de un interés etnológico, que buscara dejar un testimonio acerca del modo como los naturales concebían el paisaje y sobre las razones que les pudieron mover a distribuir sus habitaciones a lo largo y ancho de sus tierras. Al contrario se puede notar que había un interés por saber si era viable el desarrollo del ganado vacuno. Tal vez calcando mapas de la meseta castellana, o de las tierras abiertas de Extremadura y Andalucía, estos escribanos y visitantes superponían sus espacios nativos sobre el horizonte ondulado, seco y quebrado de los indios de Honda, Calamoyma y Chapayma.

Allí donde se observaban algunos llanos o escampados los españoles soñaban con cambiar los fundamentos de la economía aborigen por el desarrollo de la ganadería. La tierra quebrada apenas invitaba a sentenciar: no es apta para ganados.(T. f. 978v y 970r) Sin embargo, durante los años que precedieron a la visita ya se habían realizado esfuerzos por introducir puercos y ganado vacuno, en los alrededores de su ciudad. El escribano que visitó el sitio ocupado por los indios de Honda, pertenecientes a Juan López, alcanzó a ver algún ganado «de los vecinos de Mariquita» en las cuevas que ellos habitaban.(T. f. 903v)

La ganadería de grandes sabanas no era la única posibilidad para los europeos. La variedad del paisaje de la provincia de Mariquita abría la posibilidad al desarrollo de una pequeña actividad ganadera, tal como efectivamente ocurrió en los años posteriores a 1559.

Todas estas consideraciones reflejan los intereses sobrepuestos de los europeos. No se trataba únicamente de conocer la economía del otro, sino de buscar las bases para consolidar el desarrollo de la economía colonial. La visita deja ver el predominio de cuestras en Honda, chapas en Chapayma y arcabucos en Calamoyma, signos geográficos que apenas anuncian la complejidad y diversidad del mundo prehispánico de la actual Colombia en los primeros años de su derrota. Tal multiplicidad de planos se complementa con la variedad de

Cuadro 1

Estructura de la población de la Provincia de Mariquita, 1559												
Repartimiento	Titular	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
Onda	J. López	17	17	4	25	6	8	-	1	2	1	79
Calamoyma	J. López	96	96	91	65	20	-	16	7	14	54	398
Chapayma	J. López	91	91	34	69	20	-	2	3	18	11	325
Onda	A. Sotomayor	12	12	1	4	2	1	-	-	-	-	32
Calamoyma	A. Sotomayor	42	42	28	22	2	-	4	-	4	20	144
Chapayma	A. Sotomayor	21	21	15	9	6	-	1	2	1	11	78
Onda	Venero	8	8	1	6	3	-	-	-	-	-	26
Calamoyma	Venero	26	26	24	32	4	-	3	-	1	20	116
Honda	A. de Vera	7	7	6	4	-	1	1	1	1	3	29
Quamo	A. de Vera	22	22	19	16	2	-	2	3	8	6	97
Calamoyma	B. Martínez	27	27	33	11	-	-	4	-	14	15	116
Calamoyma	D. Posada	33	33	32	-	-	-	-	-	1	31	99
Calamoyma	A. de Toledo	64	64	90	93	23	-	38	32	20	29	385
Chapayma	A. de Toledo	26	26	5	9	1	-	2	1	2	-	73
Total		492	492	383	365	89	10	73	50	86	201	1997

Convenciones:

- | | |
|--------------|-------------------------------|
| 1= Casados | 7= Solteros con Padre |
| 2= Casadas | 8= Solteros con padre y madre |
| 3= Solteros | 9= Solteros con madre |
| 4= Muchachos | 10= Huérfanos |
| 5= Muchachas | 11= Total población |
| 6= Viudas | |

Fuentes: A.G.N. (Bogotá) *Tributos* 16, f. 901r.v.; 903r.v.; 904v.; 905r.; 908v.; 911r.; 919r.v.; 921r.v.; 922r.v.; 976r.;977/. 978r.; 985r.v.; 925r.v.; 926v.; 933r.; 935v.; 946r.v.; 964r.; 965r.v.; 967v. y 969v. En general la columna de solteros debe coincidir con la suma de las columnas 7,8,9 y 10. Cuando no coincide es porque la información discrimina solteros de huérfanos, como en el caso de Calamoyma de Antonio de Toledo. Se han desagregado los solteros en estas columnas para calcular la población total, pues de los cálculos que se hacen en el documento se deduce que solteros con padre y madre corresponden a 3 personas y no a una.

climas y por ende de plantas y animales, cultivos y sistemas de nucleación de las habitaciones.

La población

¿Quiénes eran los habitantes de estos bohíos cuyos rostros habían sido arrancados de la memoria de capitanes y caciques para volverlos un grano de maíz de donde salía su nombre y su estado civil? Hay en toda esta descomposición global un ejercicio de reconstrucción social que nos acerca a ciertas intimidades y tragedias de los naturales de la provincia de Mariquita.

Esta muestra de población delatada por los caciques y sus maíces nos indica que tras los tributarios o personas casadas existía un número muy grande de niños y niñas. Si aceptáramos como tributarios a los casados tendríamos que, según esta muestra, a cada tributario le correspondería un promedio de 4.06 personas. Es decir que los viejos métodos usados para calcular la población del siglo XVI, siguiendo indicadores genéricos de 3, no tienen sentido. Pero más que esto, la cifra nos pone alerta sobre la necesidad de nuevos estudios regionales que nos eduquen sobre la trascendencia del comportamiento diverso de las culturas indígenas al momento de la conquista y de su evolución posterior.¹¹

La cifra de 4.06 se aproxima a promedios calculados para otras regiones de Colombia en la misma época. Lo importante de este promedio es que muestra cómo la familia nuclear indígena, tal como la registraron los europeos en esta visita —integrada por padre, madre e hijos— se encontraba en un proceso de descomposición bastante crítico.¹² Aquí, en la provincia de Mariquita, por cada matrimonio había un muchacho y un soltero aproximadamente. Una relación que pone de manifiesto la necesidad de estudiar por qué el número de niños y de muchachos de ambos sexos era tan bajo. Sorprende, por ejemplo, la alta proporción de muchachos frente a la de las niñas. La relación de 4.1 hombres por mujer parece no tener explicación lógica, cuando el número de nacimientos

¹¹ Sobre la población en Colombia al momento de la conquista cf. Jaime Jaramillo Uríbe, *Ensayos de Historia Social* (Bogotá: 1989) tomo I; Germán Colmenares, *La provincia de Tunja en el Nuevo Reino de Granada* (Tunja: 1984); Juan Friede, *Los Quimbayas bajo la dominación española* (Bogotá 1963); Hermes Tovar Pinzón «Estado actual de los estudios de demografía histórica en Colombia» en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 5 (1970); Luis Fernando Calero, *Pastos, Quillacingas y Abades 1535-1700* (Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1991).

¹² No conocemos estudios sobre la estructura de la familia indígena en la región.

de hombres es superior al de mujeres y tiende a equilibrarse durante los primeros años de vida.

Las cifras podrían reflejar la actitud de toda una sociedad frente a la mujer. Los europeos como secuestradores y violadores, los nativos como protectores escondiéndolas, y las madres ejerciendo prácticas abortivas como mecanismo de defensa contra la tragedia del hecho colonial. Un mundo sin mujeres es un universo sin luz, sin esperanza, girando sobre su propio caos, sobre su propia autodestrucción. Todos estos aspectos son los que se esconden en esa raquítica presencia de mujeres niñas, 10 años después de la conquista de esta región.

De otra parte, si se asume a los solteros como hijos dependientes de los padres y madres casados, se tendría un promedio de 1.28 hijos por familia, es decir que la población indígena comenzaba a mostrar nuevas fisuras en esa crisis de crecimiento demográfico a que se vieron abocados estos pueblos de tierra caliente. Si a esto agregamos la disminución de la población femenina, el futuro de la comunidad estaba comprometido biológicamente. Su destino era la desaparición en el corto plazo. Aun nos queda mucho por aprender de estas sociedades indígenas cuya participación en la construcción del sistema colonial significó la desaparición rápida de su cultura.

Las cifras de población que hemos recibido del siglo XVI son ciegas y tendríamos que acudir a otras fuentes que nos permitan encontrar algunas fisuras para contemplar sus comportamientos humanos. Pero la fuerza de estas estadísticas se expresa en la vida material de los naturales. Es necesario encontrar en este callejón sin salida de los comportamientos vitales, la luminosidad de otros testimonios sobre la economía que indirectamente articulen la población a su crecimiento o a su contracción. En las declaraciones sobre lo producido y lo consumido pueden encontrarse algunos indicadores explicativos sobre la tragedia demográfica.

La producción: Una cadena de alimentos

Los declarantes indígenas fueron muy escuetos con respecto a la producción de sus tierras. Pero los datos son suficientes para radiografiar los fundamentos de su economía. De hecho lo que uno encuentra son modelos distintos de organización de la producción y de la apropiación de los recursos disponibles. Honda, Chapairna y Calamoima constituyen núcleos culturales diferenciados no sólo por acceder a ambientes espaciales diferentes, sino por disponer de recursos distintos. Incluso el potencial demográfico de una y otra comunidad variaba. Sobre la muestra arriba indicada, Honda contaba con el 13.0% (263) de la población, Chapairna con el 24.0% (496) y Calamoima con el 63.0%

(1258). Es como si al subir la cordillera la población encontrara mejores condiciones de vida para resistir los momentos de crisis.¹³

En general estos tres núcleos habían organizado su economía para satisfacer demandas básicas de su alimentación. Es decir, ellos habían logrado desencadenar una producción que les permitiera combinar harinas, carnes, verduras y azúcares. Con ello la sobrevivencia se había asegurado. La necesidad de otros recursos complementarios no sólo para la alimentación, sino para el vestuario y el rito, les había llevado a trazar rutas comerciales que integraban espacios, allá en la lejanía.

Las sociedades autosuficientes posiblemente no son viables. Pero lo importante de las demandas son los sistemas creados para tratar de responder a tales necesidades. La complementariedad surge como estructura específica de relación no sólo a nivel intra, sino también extra-comunitario. Y estas culturas de los Andes colombianos tuvieron que acudir a los mercados, medidos como canjes. Otras culturas altamente complejas, espacial y políticamente, crearon otras formas como el aprovechamiento de diversos nichos ecológicos, mediante la movilización de gentes y comunidades, tal como lo hicieron los Incas.¹⁴

En el cuadro siguiente se observa que el repartimiento de Calamoyma ofrecía las mejores posibilidades de alimentos, mientras que en la Provincia de Chapaima las condiciones fueron más difíciles, pues su nivel de vida dependía, en parte, de lo que se recogía en el arcabuco. Honda surge como una economía intermedia entre estas dos provincias. De cualquier forma es importante anotar que la radiografía de la producción en 1559 no podía representar lo que ocurría antes de la llegada de los españoles, aunque sí es un signo no sólo de la capacidad productiva de estos pueblos sino de la disponibilidad de alimentos que aseguraba una buena dieta.

¹³ Uno observa un proceso de descomposición mayor a medida que la vida se desarrolla en las zonas bajas. No debemos olvidar que S. F. Cook y W. Borah llamaron la atención sobre una mayor tendencia al decrecimiento de la población en las zonas bajas que en las altas. Aquí tendríamos que decir que los procesos de aculturación también fueron más rápidos en la tierra caliente que en la tierra fría. *Essays in Population History* (Berkeley: University of California Press, 1971, 1974 y 1979) 3 vols.

¹⁴ John V. Murra, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1975); Galo Ramón V., *El poder y los norandinos: La historia en las sociedades norandinos del siglo XVI* (Quito: Centro Andino de Acción Popular, 1990).

Cuadro 2

Producción de los repartimientos de Honda, Chapaima y Calamoima, 1559			
Productos	Honda	Chapaima	Calamoima
A. Harinas			
1. Maíz	X	X	X
2. Yuca	X	X	X
3. Batatas	X	X	X
B. Carnes			
1. Venados	X	X	X
2. Conejos	X	X	X
3. Pescado	X		
C. Verduras			
1. Auyamas	X		X
2. Curas		X	X
3. Pimentón			X
D. Frutas			
1. Piñas		X	X
2. Guamas	X	X	
3. Papayas		X	
4. Guayabas			X
E. Azúcares			
1. Miel		X	X
F. Productos Silvestres			
1. Cera		X	X
2. Algodón	X	X	
3. Bija		X	
G. Otros			
1. Gallinas	X		

Fuentes: A.G.N. (Bogotá) *Tributos* 16, basado en la pregunta sobre qué frutos se dan en su tierra. Se han sacado aparte las gallinas, por tratarse de un alimento no autóctono.

Se debe tener en cuenta que el arcabuco fue para los nativos un arsenal de recursos y prácticamente se convirtió en la *alacena natural* de estas economías de vertiente andina. Esta reserva llena de alimentos vegetales y animales era un abastecedor natural que permitía la obtención de los recursos necesarios para la subsistencia, incluidos la leña, la madera y los demás implementos útiles para la vivienda. El arcabuco se constituía en un elemento central para el desarrollo de estas comunidades. La participación en los mercados dependía, en esencia, de lo que el arcabuco dejara de ofrecer y de la productividad de sus labranzas. Incluso la agricultura se expandió a costa de los bosques, que cedían terrenos para ampliar las labranzas. Los cultivos parecen haber jugado un papel importante en el equilibrio que la comunidad creó con lo que ofrecía el arcabuco. Estas estructuras de producción y extracción fueron las que encontraron los españoles y, al apropiarse de ellas introdujeron grandes desequilibrios en la organización de las economías indígenas, en sus hábitos y sistemas alimenticios.

Dos hechos parecen ilustrar la fisura de estas economías. De una parte las observaciones sobre la escasez de conejos y venados y, de otra, la aparición de las gallinas como una fuente sustitutiva de alimentos tradicionales. Esta alternativa parece haber sido más clara entre lo indios de Honda. Por ejemplo, los naturales de la encomienda de Juan López afirmaron que cogían «pocos» venados y conejos, pero en cambio se «cojía mucha yuca y se crían gallinas». (T. f. 90 lv y 902r) Es decir, con la colonización se fortalecía un alimento alternativo: las gallinas que crecían en las granjas de la comunidad. No sabemos la importancia que pudo tener el cerdo, cuya cría se estaba expandiendo también en estos años.

Las quejas sobre la escasez de venados se unen a la información sobre la carencia de maíz, grano que parece no haber sido un producto básico en esta economía de la ribera del río Magdalena. Para los nativos de Honda la producción y el consumo alimentario descansaban en la Yuca y el Pescado. Aunque el indio Coma de la encomienda de Juan López, y el cacique Pando de la de Venero afirmaron que en el arcabuco había «mucho venado e conejo», otros indios sostuvieron ideas distintas. (T. f. 906r y 933v) Así, los naturales de Sotomayor y los de Alonso de Vera sostuvieron que la tierra daba Yuca, «e mayz poquito cojen e poquito algodón y poquitos venados y conejos». Al contrario, la pesca era abundante. (T. f. 919v y 946v) Además de esta disponibilidad de carnes y harinas, los naturales de Honda continuaban obteniendo miel de abejas, frutas y verduras en los arcabucos. Estos nichos de riqueza alimenticia natural, constituían un respaldo esencial para la dieta, allí en donde las labranzas dejaban de satisfacer las demandas tradicionales de

maíz o de yuca. Es decir, que la apropiación de los productos del arcabuco y de la producción de las labranzas, por parte de los encomenderos abrió las puertas a una escasez de nutrientes básicos para la preservación de una dieta balanceada.

Estas culturas de las riberas del río Magdalena fundaban su dieta sobre la yuca y el pescado. En contraposición las culturas de vertiente como Calamoyma, centraban la base de su economía alimentaria sobre el maíz y las carnes de animales. Pero si estas provincias pueden sugerirnos contraposiciones, debemos advertir que la gran diversidad de nuestros espacios no nos permiten olvidar que en Colombia cualquier generalización es en extremo riesgosa. Así, la provincia de Chapaima sobre cotas cálidas de la vertiente, parecía depender más del bosque que de la agricultura del maíz y de la yuca. Sus recursos eran bastante combinados, aunque no existe un señalamiento sobre la importancia de un producto generador de harinas.

La confesión del indio Metuaga de Juan López es llamativa, pues según él había piñas, curas, guamas, miel, auyamas, cera, algodón, yuca y batatas. La declaración tiene la intención de remarcar el consumo de frutas y verduras propias del arcabuco, intención que fue corroborada por los indios de Antonio de Toledo, quienes a esta lista añadieron las papayas, los conejos y los venados.(T. f. 910r, 917v y 968v)

Las escuetas declaraciones de los naturales sobre su producción pueden resumirse bajo la hipótesis de que los indios de Honda sustentaban su economía de alimentos en el pescado y la yuca, los de Calamoyma en los venados y el maíz y los de Chapayma en las verduras, frutas y un poco de yuca, batatas y carnes. Estas dietas se complementaban con azúcares y con unos consumos adicionales de productos que se intercambiaban en los mercados de sal, carnes y harinas. La variedad de los consumos básicos fomentó sistemas vitales de canje y abrió las comunidades a otros espacios y a otros productos. No debemos olvidar que estos esfuerzos por tipificar dietas provienen de unos testimonios expuestos en la oquedad de la tragedia y sobre el filo aterrador de la derrota.

El sistema de canjes

Dada la fragilidad de la producción agrícola frente a la demanda de los invasores, y dada la dependencia del arcabuco, que actuaba como alacena, como reserva y como refugio vital del mundo indígena, la intervención de los españoles sobre estas estructuras quebró los equilibrios del consumo, para introducir la escasez y con ella los caminos del hambre. El hecho colonial abrió entonces el mundo a nuevos canjes e intercambios hasta entonces desconocidos.

Debemos tener en cuenta que los testimonios expuestos en las visitas no sólo presentan una radiografía del mundo de los naturales, sino que constituyen un testimonio sobre cómo se estaban deteriorando las formas de vida comunitaria, como consecuencia del hecho colonial. Los intercambios se imponían por la fuerza hasta desequilibrar las estructuras del trabajo y romper los sistemas de administración de la vida cotidiana. No debemos olvidar que a más trabajo se requiere más energía y por consiguiente más alimentos. Al consumir menos calorías y ser sometidos a esfuerzos mayores, el colonialismo creó una situación de colapso entre las sociedades indígenas.

De esta ecuación se derivan nuevos teoremas sobre la alimentación y la salud antes y después de la conquista. Así, la ausencia prolongada del consumo de nutrientes, hace que el organismo agote sus reservas y se generen en él alteraciones metabólicas capaces de producir cambios estructurales (físicos) hasta que aparecen signos claros de una enfermedad. Es decir, al agotarse las reservas las enfermedades infecciosas entran como «Pedro por su casa». Los millones de seres que colapsaron por acción de las bacterias en la América Hispánica dan fe de esta verdad. Entonces la destrucción de las economías indígenas no solo alteran la naturaleza sino que avanza sobre los hombres para convertirse en catástrofe generalizada. Para prolongar el colapso el sistema colonial contribuyó a modificar la producción y los intercambios de tal manera que la agonía se pegó al movimiento secular de las renovaciones e innovaciones propias del siglo XVI.

Los intercambios que quedaron registrados en la visita de 1559 muestran dos cosas: de un lado el poder de los excedentes, capaces de generar riquezas y, de otro, el monopolio de la producción que trajo una escasez artificial para las comunidades. Por ello la vida de los indios cambió drásticamente al tener que afrontar condiciones de hambre que antes no eran comunes.

Adicionalmente, la presencia española en Honda ofreció algunas ventajas comparativas a los indígenas de esta provincia. No solamente les ofreció la oportunidad de canjear con nuevos productos como las mantas y las camisetas, sino que fue posible vincularse a las nuevas rutas del tráfico como bogas o en oficios urbanos. De hecho concurrimos a la formación de dos esferas mercantiles: La que dinamizó el mundo de los blancos desde sus centros de poder y la que se expandió desde las comunidades indígenas.

La primera esfera abarcó el mundo exterior y actuó sobre los gustos de los naturales que demandaban productos nuevos. La segunda órbita puso en circulación los productos indígenas a lo largo de las nuevas rutas y espacios creados por el sistema colonial. En medio de estas dos nuevas dimensiones del mercado se mantuvieron viejos intercambios, como el de la sal, y se crearon

otros fundados sobre la precariedad de la emergencia que creó la expropiación de la producción básica.

El mercantilismo contra la escasez

En 1559 el mundo de los españoles había expandido su onda de influencia mercantil a estas comunidades de la Provincia de Mariquita. Esta percepción la resume un indígena de Honda al afirmar que cuando la pesca era buena vendían lo que tenían a los «yndios de todas las provincias de Mariquita y de otras partes a trueco de camysetas, mantas, quantas, hachas y machetes».(T. f. 925v) La afirmación muestra dos cosas. De un lado los territorios de intervención comercial y de otro la aparición de productos ajenos al mundo de los nativos, como las hachas y los machetes. Es muy importante tener en cuenta que estos productos, que sirvieron a comienzos del siglo XVI para fundar un sistema de intercambios, basado sobre el oro, ahora, 50 años después, eran utilizados para adquirir bienes o como medio de pago por algunos servicios que prestaban los nativos de las comunidades sometidas.

Los círculos del mercantilismo se expandían desde Cartagena y subían a Mompóx, Tamalameque y Honda, para seguir luego las rutas del Nuevo Reino y del Sur. Esta actividad mercantil no quedó en manos únicamente de los europeos sino que invadió a los indios, quienes accedían a nuevos productos con los cuales fundaban sus propios canjes. Un indio de la encomienda de Venero en Honda manifestó que los indios de Tamalameque les daban mantas «por hachas y machetes».(T. f. 934r)

Es decir, que los naturales servían de reproductores de este mercado del hierro, consolidando los intereses comerciales de los primeros conquistadores y pobladores. Esta esfera sumergida de actividades comerciales nuevas parece tener una presencia más en las mantas y camisetas. No sabemos exactamente la procedencia de estas telas. Posiblemente se trataba de las mantas dadas como tributo por los naturales del Reino, las cuales llegaban hasta estos rincones para satisfacer demandas de los habitantes de las tierras calientes. El hecho es que algunos de estos productos no sólo se canjaban para el consumo sino para hacerlos rotar entre otros consumidores indios.

Tal vez el cambiar de hábitos en el vestuario había dinamizado el mercado de estas telas y bienes artesanales, que encontraron en la actitud de los nativos unas nuevas arterias que irrigar. El hecho de que el indio Quylima, de Calamoyma, no siendo aún cristiano estuviera vestido con camiseta, zaragüelles y un sombrero de paja,(T. f. 977r) demuestra la rapidez con que ciertos hábitos fueron absorbidos por los naturales. El retrato no apunta sólo a un fenómeno

cultural, sino a un hecho económico. ¿Cómo accedían a ropas de la tierra y a ropas de Castilla estos naturales? De hecho los hábitos en el vestir, como actitud cultural, favorecían la comercialización de los tributos recibidos por los encomenderos, y las importaciones hechas por mercaderes en Indias como representantes de los exportadores hispanos radicados en España.

Esto explica la euforia temporal que inundaba a los habitantes de Cartagena y de otras plazas cuando aparecían los navios que anunciaban el arribo de las flotas que inauguraban las ferias de Cartagena de Indias. Los indios cambiaron su forma de vestir para fortuna del capital mercantil y para gloria de la manufactura europea.

De otra parte resulta casi incomprensible que los indios de *Quamo* en Honda tuvieran que ir a canjear su pescado por mantas en las minas.(T. f 950v) Esto supone la presencia de mercaderes nativos en estos lugares, que hacían rotar uno y otro producto en un esfuerzo por sobrevivir a la crisis de la conquista y la dominación. Estos mismos indios de Quamo cambiaban su pescado con otros indios por mantas(T. f. 949v) y con otros nativos «contratan y les dan estos yndios pescado asado por quantas y mantas y camisetas y hachas y machetes». Ellos concluyen su declaración diciendo que no tenían más «que vender ny tratar».(T. f. 946v)

El comercio de mantas, hachas y machetes era muy activo en la jurisdicción de Honda. Incluso cuando los Malibúes de Mompóx subían a Honda, canjearían hachas y machetes por pescado.(T. f. 934v) Pero si estos nativos eran los mediadores de un gran mercado de telas y herramientas, entonces ¿quiénes eran sus consumidores? No existen en la visita huellas de la difusión de estos productos, tal vez porque los encomenderos creaban sus propios circuitos comerciales fuera de la provincia. ¿O se trataba en esencia de un mercado superfluo y casi que ligado a las necesidades externas de la comunidad? Pero canjes baladíes e insignificantes no pueden desdeñarse porque reflejan la huella de la evolución histórica de pequeñas comunidades de las vertientes andinas del norte de Suramérica.

Los intercambios que ahogan el hambre

Junto a esta esfera abundante de pescado, que podía ofrecer excedentes para canjear por esos hierros o mantas, coexistía el drama de la escasez vivida por otras comunidades como Calamoyma. En esta provincia los naturales no parecían tener las mismas opciones que tenían los naturales de Honda, conviviendo en un cambiante y móvil mundo de blancos. Aquí no era posible un excedente marginal del producto básico, para canjearlo por esos medios de producción como lo hacían los de Honda.

Los canjes aquí fueron de productos conocidos. Maíz por cuentas o yuca y batatas por maíz. Subsistían en estos naturales los elementos fundamentales del trueque. Claro que no conocemos las novedades, sólo las condiciones que lo imponían. El hambre y la escasez, como estímulos para buscar otros ambientes, otros hombres, otros rincones en donde hacer girar el destino de los productos.

Cuando no había hambre ni necesidad, el maíz les permitía adquirir aquellos productos que la comunidad no producía. Los indios de la encomienda de Antonio de Toledo llevaban el maíz a otros indios cercanos y recibían a cambio cuentas, cascabeles, caracoles y platos de peltre. (r. f. 964v) He aquí entonces cómo rotaban los productos en estos pequeños mercadillos de necesidades. La abundancia les permitía acceder a bienes de uso personal o propios del ritual. La escasez los hacía circular de vuelta con sus bienes por estos empobrecidos mercados del maíz. Es lo que se desprende al ver comunidades entregando caracoles, platos de peltre y cascabeles por el cereal americano.

Queda una pregunta mientras rotan los artículos. ¿De dónde salían esos platos de cobre o los platos de peltre, aleación de cinc, plomo y estaño? Ni uno ni otro fueron productos nativos, pero sí recursos de los mercachifles quienes los debían cambiar quién sabe por qué. Posiblemente por oro, un producto cada vez más escaso. Al menos todos estos cachivaches servirían para preservar el ritual y ciertas costumbres, si uno se atiene al testimonio de un nativo quien dijo que los platos de peltre eran para poner en sus pechos. (r. f. 966r) Pero cuando no había qué comer, la costumbre que había cambiado el oro por estos desteñidos metales serviría para sobrevivir y para esconder los rescoldos de la cultura.

Los nativos nos han contado que «primero tenían oro y daban oro por maíz» pero ahora «compraban maíz por cuentas» (T. f. 923r) y por platos de peltre. También Cuyndo, de la encomienda de Sotomayor en Calamoyma, dijo que cuando tenían oro compraban cuentas y «agora no compran nada ni tienen tratos ningunos» pero «quando tienen q(ue)n tas compran mantas por ay». (T. f. 925 r) No hacía 20 años que los europeos habían entrado y cuán rápido habían cambiado las cosas. La visita es una advertencia contra la ligereza de cierta historiografía que podría ver estructuras prehispánicas relativamente intactas 10 o 20 años después de la conquista, en lugar de formas revenidas o disueltas de tales estructuras.

En todo caso no se debe exagerar con estos intercambios, con estos canjes que apenas servían para complementar unas necesidades básicas y unas dietas cada vez más escasas, no por culpa del medio ambiente, como por la condición social de dependencia de los indios forzados a entregar a los señores blancos la gran producción, tal como se verá luego.

Los canjes que sobreviven

Pero entre los naturales de Honda y Calamoyma, que habían logrado incorporar a sus trueques bienes venidos de los mercados europeos, estaban los naturales de Chapayma, quienes se declaraban más autosuficientes. Algunos de ellos decían que no rescataban nada, sólo maíz por cuentas.(T. f. 967v y 969r)

Este aislamiento les daba mayores seguridades. Tal vez porque al depender más del bosque que de las actividades agrarias o de la pesca se tornaban menos vulnerables a la nueva situación colonial. Ellos asumieron su *holgazanería* como una ventaja y fueron enfáticos en afirmar que no rescataban nada. Estos indios le abrieron estatuto al tiempo de descanso, a esa calma con que se mide el mundo por el hombre andino de hoy.

Esta economía autosostenida apenas se nos muestra en una de sus facetas, cuando ellos declararon que se aprovechaban «de hojas y maíz». El capitán Chola amplió el testimonio diciendo que se alimentaban «de hojas que se crían en esta tierra» y «de maíz y que no rescatan nada».(T. f. 909r y 910 r) El mismo capitán Metuaga dijo que tenían maíz y nada rescataban, aunque otro manifestó que cuando no había maíz lo obtenían con cuentas.

Como contraste a la disposición de los indios de Honda de asumir los canjes como elemento de defensa vital, los indios de Chapayma los evitaron para refugiarse en su propio pasado. Esta elección, así como la que optó por el futuro, no tuvo como realidad final sino la extinción de una y otra cultura. Al final el colonialismo era una trampa inevitable. Ni aún la posición intermedia de Calamoyma, que se vestía de indio y de blanco, pudo resistir a los caminos de la historia.

En resumen, la provincia de Mariquita presentó unos modelos de canjes que entremezclaron el mundo de los blancos y el mundo de los nativos. El resultado de esta dispersión o búsqueda de recursos parece que dependía esencialmente de las condiciones de la producción, que había dejado de estar en manos de las mismas comunidades, para ser apropiada por los blancos.

El dinamismo que se observa en algunos lugares proviene para el mundo de los indios de un afán de sobrevivir, más que de la absorción de nuevas visiones ventajosas de la economía. El mercantilismo había estratificado la sociedad y los excedentes de la sociedad colonial serían para unos pocos, en detrimento de la mayoría. Estas fueron las ventajas de la primera apertura que incorporó estas regiones al mercado mundial.

Prosperidad y crisis

Desde que los europeos arribaron a las tierras de las vertientes del río Magdalena la vida de los indios cambió. Al menos eso es lo que se desprende de las observaciones recogidas por los visitantes y, sobre todo, por la forma como los naturales fueron manifestando las obligaciones y compromisos en que tenía que dividir sus días y sus lunas.

En general la vida de los indios de la ribera del río Magdalena, como de los ríos Sabandija y Gualí, se habían roto en dos tajos: el tiempo necesario para acudir a la pesca y el tiempo de las rozas. Entre enero y marzo había que sacar pescado, salarlo, trasladarlo a los centros de mercadeo y venderlo. Algunos de ellos lo ahumaban, para luego llevarlo hasta bien abajo del río Magdalena y canjearlo con otros habitantes de las riberas del río. Ellos dijeron repetidamente que durante tres lunas tenían que sacar pescado para su amo.

La otra parte importante de su tiempo se iba entre las rozas de maíz. Ellos cultivaban en Honda y de modo especial en Mariquita. Al menos de cada cinco lunas debían atender una cosecha. Algunos, como los naturales de Sotomayor lo hacían cada tres lunas, tal vez porque no tenían la obligación de la pesca.

En las rozas el proceso recorría una cadena de cuidados, que iba desde preparar la tierra, sembrar, limpiar y recoger el maíz, para trasladarlo luego a las casas de las estancias o a los bohíos de los repartimientos. Las rozas se medían en *cataures* y en esencia alcanzaban entre las 5 y las 15 fanegadas de tierra.

Pescar y rozar eran dos tiempos vitales para la vida de los indios y de los encomenderos. Eran las actividades básicas de los naturales de la provincia de Mariquita. Pero el tiempo de los indios aún no se había agotado para los europeos. Los indios de Calamoyma y Chapaima no pescaban, pero sí debían descender hasta las tierras de Mariquita para colaborar en las dos rozas que se sembraban cada cinco lunas. Después retornaban a sus tierras en donde procedían a sembrar las rozas a las que estaban obligados. Así los indios de Calamoyma le daban al licenciado Venero, su encomendero, dos rozas de maíz en Calamoyma, en donde sembraban 10 cataures en cada roza y luego bajaban anacer dos rozas en Mariquita, en donde sembraban ocho cataures en cada una. Como tres cataures hacían una fanegada, en Calamoyma le sembraban más o menos siete fanegas y en Mariquita cinco fanegas.(r. f. 937v)

Este tiempo global que fundaba las rentas de los señores, dejaba aún tiempos menudos que ellos aprovechaban de un modo indiferente en una serie de actividades fundamentales para la organización de su economía. Tiempo de cercados, tiempo de bogas, tiempo de servicios, tiempo de presencias con frutos

de la tierra para la mesa del señor. Los viernes llegaban los indios de Quamo con pescado que su amo les había solicitado.(T. f. 95 Ir) Los indios de Chapayma llegaban con pinas, curas y miel para la casa del señor Antonio de Toledo mientras que los indios de Diego de Posadas esperaban la cosecha de curas y pinas para darlas a su amo.(r. f. 985v)

Antonio de Toledo resumió muy bien esta apropiación de todos los tiempos de los naturales, cuando declaró ingenuamente que Calamoyma le producía en un año con otro hasta 300 fanegas de maíz «en esta ciudad y en el pueblo de los yndios hasta otras 300». Fuera del dicho maíz los indios de Calamoyma le producían hasta 1500 pesos.(T. f. 970r) La renta de su encomienda ascendía a más de 2000 pesos en tiempos normales.¹⁵

Su testimonio permite observar los caminos utilizados por los indios para atender sus trabajos. Aquel que se dirigía a Mariquita y el que iba hasta sus propias tierras para satisfacer las cosechas demandadas por su amo. El tiempo usado en trabajos menores que fundaban las otras ganancias, tan importantes para Antonio de Toledo, como para otros encomenderos, ¿en qué se utilizaba y en qué se convertía? Los naturales de Venero debían venir a reparar los bohíos y a traer palos, mientras que los de Vera iban a hacerle los «cercados y bahareques» y a llevarle leña a Mariquita.(T. f. 949v)

Cuando no operaban en estas reparaciones, iban al desembarcadero de Honda para transportar mercaderías, iban a Bogotá por sal o caminaban con su fatiga cargados de pescado.(T. f. 969v) Es cierto que había una retribución en especie, especialmente para quienes hacían oficios de bogas. Pero ella era más por el arriendo de las canoas que por el trabajo de los indios. Venero, cuando enviaba a los naturales con «una canoa hazia Tocaima», les pagaba con hachas, machetes y cuentas.(T. f. 934v) Posiblemente los mismos bienes que ellos canjeaban en los incipientes mercados de la región. También Sotomayor iba a veces con «los indios de Honda en canoa al desembarcadero de Mariquita» y les pagaba el alquiler de la canoa. (T. f. 928v)

Quedan entonces por retomar las preguntas principales que parecen no haberse hecho en la visita. ¿Cuál era el tiempo de los indios? ¿Quedaban días después de cosechar, pescar, bogar y adobar paredes? Resulta contradictorio entonces que unos pueblos con recursos alimenticios tan variados y con una capacidad de trabajo que llegaba al agotamiento tuvieran que vivir bajo el signo de la crisis. ¿En dónde reside la contradicción de unos pueblos que producían enormes cantidades de alimentos y tenían que luchar contra el hambre?

¹⁵ Téngase presente que el precio del maíz era de 1 peso por fanegada y podía subir en tiempos de crisis. Toledo recogía 600 fanegadas al año.

La sociedad colonial no sólo fundó un abismo entre las lenguas y tendió puentes que no fueron para comunicarse y comprender, sino para extraer saber y regular el uso de la energía humana, cristalizada en arrobos de pescado, fanegas de maíz, movimiento de los remos de las canoas y desarrollo de un sin fin de oficios como cubrir las grietas de los edificios, levantar casas y cercados y servir de trajinantes. Su energía servía para evitar el deterioro de las haciendas y mantener la grandeza de quienes fundaban su poder y su honor en el cuidado de su casa. Aun más, los nativos debían servir y alimentar a sus señores para que éstos compartieran su holgura con otros europeos, tal como lo atestiguan las gentes de la época: «Tener muy buena casa y sustentarla y cojer huéspedes» hacía a Juan López, como a los otros encomenderos, gentes de honra y de bien.(T. f. 899r)

El mundo colonial fundó entonces una sociedad basada en la exclusión, la explotación y la marginalidad. Los naturales perdieron la capacidad de seguir convirtiendo sus energías en medios de transformación social y de progreso. El estancamiento que comenzaron a vivir, incluida la amenaza del hambre, fue la contrapartida al progreso de los blancos, a su prosperidad, a su acumulación de bienes y a la abundancia de sus mesas. Este mundo contradictorio de ricos y pobres se fue acentuando desde entonces. Un modelo de desarrollo articulado a la expansión de las economías occidentales que han dejado un universo de miserables, atados a la voluntad de señores cuyas riquezas se ensanchan y engordan sobre la pauperización de los otros y de sus herederos.

Podría suponerse que estas consideraciones son propias de la retórica de quienes en el sur de nuestro mundo, estudian procesos que deberían observarse con menos agudeza y pasión. Los ejemplos del cuadro 3 constituyen apenas un indicador cuantitativo de lo que fue presentado desprevenidamente en innumerables respuestas de los indios y de los mismos europeos.

Las rentas son apenas cálculos aproximados de un negocio que convirtió la energía de los naturales de América en capital. No simple riqueza. Estos señores vendían la gran producción de pescado y maíz, haciéndola circular entre sectores mercantiles, burocráticos y administrativos de la colonia. Así pudieron ahorrar oro para luego acceder a otros bienes productivos.

Los cálculos no tienen en cuenta los ingresos derivados de otras actividades que los nativos realizaban para ellos y que eran rentables, tal como lo anotó el encomendero Antonio de Toledo. O como lo sostuvo Juan López, quien dijo que:

«...de las canoas que van al desembarcadero suele tener de provecho un año con otro hasta 150o 100 pesos alasvezes más e alasvezes menos».(T. f. 911v)

Es decir que las rentas de este encomendero ascendieron por lo menos en 1559, cuando dio cifras reales, a 2.000 pesos por concepto de la venta de las 2000 hanegas de maíz, 488 pesos por la venta de 325 arrobas de pescado y 150 pesos del arriendo de las canoas que llevaba al desembarcadero. Es decir, 2.638 pesos de buen oro de renta, una cifra nada despreciable si tenemos que Puerto Rico le generaba al Rey un renta de 4.064 pesos, Yucatán 1.025 pesos y el Nuevo Reino de Granada 19.144 pesos como promedio anual entre 1553 y 1555.¹⁶

Cuadro 3

Rentas que generaron los naturales a los encomenderos de Mariquita, 1559 (precios dados en tomines)					
Bienes	Venero	Vera	Sotomayor	López	Toledo
Pescado					
Arrobas	350	150	480	450	0
Precio medio	9	10	10	9	
Ingreso total	3.150	1.500	4.800	4.050	0
Maíz					
Fanegas	400	100	300	2000	600
Precio medio	8	8	3	8	8
Ingreso total	3.200	800	900	16.000	4.800
Total rentas	6.450	2.300	5.700	20.050	4.800

Fuentes: Archivo General de la Nación (Bogotá) *Tribuios* 16. El cuadro se elaboró siguiendo esencialmente las preguntas sobre qué daban de *demora* los naturales y a cuánto ascendía su producto. Ocho tomines hacen un peso de oro.

El tema de la explotación en América no es entonces un factor ideológico o una oración vacua. La contradicción entre crisis de hambre y producción está resuelta por la naturaleza del sistema colonial, que introdujo la necesidad primaria de que los nuevos amos acumularan, sin importarle que los indígenas satisficieran o no sus necesidades vitales. Los encomenderos, dentro de su lógica de apropiadores de los recursos económicos de las comunidades, practicaron como contraprestación la caridad cristiana. Ellos manifestaron que del maíz que los indios les cultivaban en sus propias tierras, les dejaban una

¹⁶A.G.I. (Sevilla) *Contaduría* 1367 «Producto Anual...». Los pesos son iguales a los que obtuvo Juan López, oro de 22.5 kilates y 450 maravedíes.

parte cuando necesitaban de él o cuando les acosaba el hambre.(T. f. 912r) Explotar al otro en sus recursos y practicar la caridad eran los dos rostros del nuevo sistema que conciliaba a los cristianos con la miseria.

Por esto cuando preguntaron a los indios qué podrían entregar a sus amos sin que se les hiciera daño, todos pusieron de presente que apenas podían dar pescado, maíz, frutas, verduras o servicios. Pero no todo a un tiempo como se venía practicando. Ellos, con mucho optimismo, partieron del principio de dar sólo de aquello que abundaba en su comunidad. La historia de las tasas o tributos dijo lo contrario, pues los encomenderos no podían permitir que sus altas tasas de acumulación se rebajaran.

El saber de los indios apenas sirvió para ahondar la grieta de sus necesidades y acercar a un colapso final, la crisis social y económica que se diseñaba en 1559. Sus ofertas de pagar tributos surgían de la creencia de que ellos podrían sobrevivir si alteraban las relaciones de explotación, y la economía se adecuaba a los parámetros de su propio conocimiento. Y en cuestión de tributos su conocimiento pasaba por los espacios de la reciprocidad y la redistribución que se habían violentado. Pero ello no fue más que una oferta en el vacío. Con la rutina que inauguró occidente, el destino fue la desaparición en el corto plazo de estas comunidades que apenas pudieron dejar que el grito callado en donde agonizaban sus culturas rodaran en el trasfondo de estas visitas y de sus fragmentados testimonios.

Hasta aquí hemos logrado rescatar estructuras que surgen del lenguaje de unas *Visitas* que no se limitaron a escribir y describir lo que los naturales contaron o lo que los visitantes vieron. Las visitas esconden otros lenguajes que habitan en el filo de la navaja. Frases, números, acotaciones y datos sueltos son piezas de un rompecabezas que apenas podemos imaginar. Lo que sí queda claro de este entrecortado y repetido mundo de declaraciones es que el dominio del saber del otro apenas sirvió para conocer los rápidos y excesivos enriquecimientos ilícitos de los fundadores de la sociedad colonial. Y que el Estado no hizo, o no pudo hacer nada para evitarlo. Pero lo que si hizo fue usar tales conocimientos para que, la administración y explotación propias del sistema colonial, fueran más racionales.

Si a esto se llama progreso, entonces, él mismo se fundamentó sobre el destierro y el ensimismamiento de miles de etnias. De esta reducción a sus espacios vitales y a la explotación colonial, brotó el estancamiento y por ende la destrucción sistemática del saber del otro. Así, la conquista del saber no fue sólo reducción del mismo, sino una vía calamitosa hacia su destrucción. La historia sigue siendo un vendaval cargado de silencios cuyos gritos quedan diseminados para la imaginación de los historiadores.